



SNYDER, Timothy, *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011, 624 pp. [ISBN: 978-84-810-9949-2]

El mundo de entre guerras quedó marcado por la existencia de dos personajes profundamente antagónicos en muchos sentidos, entre los que la ideología solo sería un elemento más. Para desgracia de la Humanidad, tanto Iósif Stalin como Adolf Hitler, ordenaron llevar a cabo acciones cuyo resultado más tangible fue la muerte de millones de personas, perpetrando así auténticas masacres motivadas por diferentes objetivos, ordenadas por personajes muy distintos, que, para la inmensa cantidad de gente que sufrió los efectos de estar

«en medio» de los objetivos de uno o del otro, no lo eran tanto.

En esta obra, el profesor de la Universidad de Yale Timothy Snyder (n. 1969), historiador especialista en el estudio de la historia del centro y el Este de Europa y del Holocausto, nos habla de una parte del mundo que, entre los comienzos de los años treinta y el final de la Segunda Guerra Mundial, fue escenario de algunas de las mayores atrocidades de la historia de la humanidad. Esta región, a la que el autor estadounidense ya había prestado una enorme atención en obras anteriores, es denominada en el libro con el descriptivo nombre de «Tierras de sangre». Debemos tener en cuenta, que no se refiere al espacio ocupado por un solo país ni por una nación en concreto, es más, estamos hablando de un inmenso área situado entre Berlín y Moscú que, dependiendo de la zona y del momento, viviría diferentes situaciones de independencia y ocupación de uno u otro país (la Alemania nazi y la URSS), tan solo en el periodo de cerca de quince años en el que las vidas políticas de Hitler y Stalin se cruzaron, de una forma más dramática y relevante de lo que nunca habría cabido imaginar. Es importante destacar la importante labor documental del autor, que a través de numerosas notas en cada capítulo, muestra la gran ayuda que, al estudio de estos temas tan duros y polémicos de la Historia del siglo xx, ha proporcionado la aparición de la extensa documentación de los archivos de Europa Oriental y de testimonios de víctimas y verdugos.

El periodo de tiempo al que el autor hace alusión durante toda la obra comprende, sobre todo, los años en los que Hitler y Stalin coincidieron al mando de sus respectivos países, los años que van desde 1933 a 1945, si bien, el autor se traslada hasta los primeros años de la década de los treinta, por ejemplo al hablar de la situación existente en Alemania en los meses anteriores a las elecciones de marzo de 1933, que alzaron a Adolf Hitler al cargo de canciller, en el primero de los capítulos centrales del debate, o al referirse a los planes de colectivización de Stalin que motivaron la gran hambruna que sufriría Ucrania entre los años 1932 y 1933, tema especialmente tratado en el capítulo 1 del libro de Snyder, al que el autor vuelve a hacer referencia en la conclusión del mismo. El hecho de analizar precisamente estos años, en los que ambos dirigentes políticos coincidieron en el gobierno de sus respectivos países, es el punto de partida a partir del cual el libro se adentra en una profunda comparación entre ambos sistemas, no en cuanto a las políticas generales llevadas a cabo por la URSS de Stalin y la Alemania nazi de Hitler, sino en las medidas que llevaron a la muerte a cerca de catorce millones de personas, tan solo en las «Tierras de sangre».

La primera reflexión que se podría hacer al leer el libro viene, de esta forma, motivada por el tiempo y el espacio escogido por el autor para el desarrollo de la obra. Así, es importante tener en cuenta dos cosas elementales para comprender dicha selección. En primer lugar, cuando Hitler sube al poder en Alemania las atrocidades de Stalin ya habían empezado, el

infierno del destierro que significaba el Gulag ya estaba en funcionamiento mucho antes que el primer campo de concentración alemán, Dachau, abierto inmediatamente después de subir Hitler al poder en marzo de 1933. Del mismo modo, las purgas en el ejército soviético habían aparecido como antecedentes de lo que sería el «Gran Terror» de Stalin entre 1937 y 1938, cuando cientos de miles de personas serían asesinadas por cuestiones de clase o de nacionalidad, dichas purgas tuvieron lugar tiempo antes de que los nazis apenas hubieran entrado en acción, y mucho menos desde puestos de poder, ni siquiera llevando a cabo sus particulares purgas, como las de la «Noche de los cuchillos largos», en 1934.

Es fríamente comprensible, que cuando Hitler empezara a ordenar acciones similares, lo hiciera con mucha menos sutileza de la que había podido perfeccionar Stalin, con el NKVD como cabeza del cuerpo ejecutor. Lo cierto, y lo más impactante, es que la mayor parte de las muertes que provocaron de una forma relativamente directa estos líderes políticos, tuvieron lugar más o menos durante el tiempo en el que ambos coincidieron en el poder (1933-1945). Éstas fueron muertes producidas por diferentes motivos, en algunos casos estuvieron motivadas por principios ideológicos fundamentados en la raza, otras veces en la nacionalidad, otras muchas en la clase, tema en el que se profundiza en el capítulo 2 del libro, casi todas relacionadas con algún tipo de política económica. Lo importante que esta obra nos permite reflexionar a partir

del periodo de tiempo en el que se centra es cómo la coincidencia de dos personajes como Stalin y Hitler, con objetivos aparentemente tan diferentes entre sí, pudo cristalizar en la toma de una serie de medidas cuyo común denominador fue la muerte de seres humanos.

Esta reflexión lleva a otro de los puntos que destaca al leer el libro, la presencia en la Europa del momento (y puede que en el mundo entero) de una situación que se observaba de una forma simplista y bipolar, sobre todo en la esfera de la alta política de países como la URSS o Alemania. Con esto se puede entrever el concepto del «tiempo de contrarios», en el que fascismo y comunismo se perfilaban como las dos alternativas, antagónicas entre sí, a la democracia, que según ambas no podía ser el sistema político ideal, y al propio capitalismo. Al mismo tiempo, la coexistencia de ambos sistemas sirvió para una retroalimentación cada vez mayor de la concepción que se tenía del otro sistema. Especialmente después de la creación del Frente Popular, concebido como una manera de luchar contra el fascismo por parte de los comunistas del mundo, que aceleró, a su vez, la consecución del Pacto Antikomintern, entre Alemania y Japón, posicionando a dos países que serían aliados durante la Segunda Guerra Mundial en contra de la Internacional Comunista, encabezada por el régimen de Stalin.

No es esta retroalimentación diplomática a la que mayor atención presta Snyder, que destaca el papel de la retroalimentación de acciones violentas que acabó sistemáticamente con millones de perso-

nas. Sobre todo por estar en los momentos de las sociedades de masas, en la que los líderes políticos de la talla y el carisma de Hitler y Stalin, aprovechaban todo tipo de acontecimiento o medida tomada por el régimen rival que pudiera ser utilizada con cierta manipulación. Al mismo tiempo, se llegó a aprovechar la situación para señalar a cualquier enemigo del régimen como comunista o fascista según el bando que correspondiera. El propio autor relaciona esta situación con la Guerra Civil española, coincidiendo con las teorías que subrayan su importancia a nivel internacional como escarapate bélico de las tensiones ideológicas de los años treinta.

Se puede considerar muy acertado por parte del autor el papel destacado que otorga al efecto que tenía esta simplificación del «contrario» o del «enemigo» en la sociedad de la Europa de entre guerras. La presentación de un «chivo expiatorio» para justificar las desgracias o los fracasos de un sistema que como el de la URSS o como el de la Alemania nazi, era extremo y novedoso, sirvió genial tanto para otorgar estabilidad al sistema como para posicionar a la mayor parte de la población frente al que se suponía que era el auténtico enemigo. Pero, al mismo tiempo, fue una de las causas fundamentales que llevaron a las terribles matanzas ocasionadas por ambos lados. Tanto Hitler como Stalin fueron unos especialistas en la creación de «enemigos» del sistema perfecto que pretendían crear, ya fueran por principios raciales como el del enemigo judío de la Alemania nazi, o por principios de clase como los kulaks de la URSS de Stalin. Sumado

a todo este proceso de creación de un enemigo señalado, debemos tener en cuenta que ambos sistemas siempre se presentaron como víctimas, el líder político el primero de ellas, de dichos enemigos mortales, llegando así a aprovechar acontecimientos del periodo como señales «inequívocas» de la presencia activa de estos rivales.

Es, sin duda, una idea polémica la que defiende a ultranza el autor de asimilar y comparar a Stalin con Hitler, pero necesaria. No porque el Holocausto sea el crimen más famoso de ese periodo fue el único, ni Hitler fue el único que mintió a todo un pueblo, o que llenó sus mentes de ideales cuya aplicación práctica llevaron a millones de personas a la tumba.

En conclusión, la obra de Timothy Snyder es una apuesta ambiciosa y necesaria por mostrar las atrocidades que tuvieron lugar en los cerca de trece años que Hitler y Stalin coincidieron en el poder. Es necesario subrayar la individualidad que se esconde tras las cifras que comúnmente se sacan a coalición al hablar del Holocausto o de los crímenes cometidos por el régimen soviético de Stalin o simplemente de cualquiera de las atrocidades que se cometieron ya no solo en las regiones en las que se centra este estudio. Como afirma el propio autor, «ambos regímenes, tanto el nazi como el soviético convirtieron a las personas en números», no solo eso, sino que lo hicieron asesinandolas. Todas esas personas que conforman los cerca de catorce millones de exterminados en apenas doce años ahora ya no pueden hablar, más que a través de unos pocos testimonios que quedarán para la memoria de los hombres.

Los historiadores, a través de obras de este estilo desde nuestra fría lectura y nuestra fría pluma podemos y debemos darlos algo de voz sin manipularlos, para comprender por qué y para qué murieron. Esta es la forma, polémica pero a la vez necesaria, de que el ser humano nunca se olvide de las atrocidades que es capaz de cometer, y, sobre todo, para que no vuelva a caer nunca por segunda vez en la «piedra» de la autodestrucción moral, ética y física de la especie.

Daniel JUSTO SÁNCHEZ